

## Una nueva variable en la ecuación económica

Pocos de nosotros podían imaginar lo que nos deparaba este año. A principios de año empezaba a sonar en los telediarios de todo el mundo el caso de una extraña gripe provocada por desconocido virus, un tal COVID-19. Tan solo meses después, ese ya no tan desconocido virus, ha sido capaz de enviar a la UCI a la economía mundial. Justo cuando en España se planificaba una agenda social, se fortalecía y se digitalizaba la economía y se dibujaba una transición ecológica; llegó a nuestro país un microorganismo capaz de echar por los aires gran parte del trabajo realizado. El impacto económico y social resultante de esta pandemia no lo podemos cuantificar por ahora, tiempo habrá de medirlo con indicadores macro y micro-económicos; pero a nadie se le escapa que nada volverá a ser como antes.

Las transformaciones sociales y económicas, pero sobretudo económicas no surgen de un día para otro, son fruto de pequeños cambios enfocados en una misma dirección. La revolución industrial se dio gracias a un conjunto de circunstancias que favorecieron el desarrollo de la industria textil, primero en la Inglaterra del siglo XVIII, después en la Europa continental del S. XIX y posteriormente por gran parte del planeta. Lo mismo ocurre con la globalización: La aparición de las TIC (Tecnologías de la Información y la Comunicación), las mejoras en el transporte de mercancías y personas, así como el abaratamiento de sus costes, la ampliación de los mercados y la voluntad política de favorecer el comercio internacional llevaron a la globalización de la economía. Como vemos grandes transformaciones se han producido de manera secuencial en el tiempo, dándose un conjunto de elementos que conducían a dicho cambio. Sin embargo, la situación actual es bien distinta. La economía mundial se encontraba en un ciclo de expansión, aunque algunos macro-indicadores comenzaban a visualizar elementos de fatiga, pero nos encontrábamos muy lejos de cualquier transformación de nuestro modelo económico-social. La aparición del virus es una nueva variable

en la ecuación que ha afectado el resultado de la misma de manera brusca y sin aviso previo.

Está claro que a nadie se le escapa que vendrá una crisis. Por el momento estamos hablando de una crisis de oferta, es decir, que las empresas y diferentes agentes productivos no pueden vender. Si las empresas no venden, no pueden recibir ingresos, si no ingresan no pueden hacer frente a los pagos, por tanto, entran en una operación de reducción de costes, lo que conlleva en muchos casos a la reducción de los costes y masas salariales. A la vista están los desempleados de los meses de marzo y abril, así como los trabajadores que actualmente se encuentran en ERTE, solo esto último se estima que tenga un impacto de 3.370 millones de Euros en las arcas públicas. Las posibilidades de que la crisis de oferta se convierta también en una crisis de demanda, es decir, que los consumidores no gasten son muy elevadas. Llegados a este punto, solo se me ocurren dos opciones: o que los consumidores se endeuden para consumir o que el estado minimice la crisis de demanda con inyección de dinero al conjunto de la población. La primera descartémosla, ni los bancos pueden permitirse mantener la demanda a base de crédito ni es recomendable endeudarse para el consumo diario. La segunda opción tiene un mayor recorrido, pero es un arma de doble filo. Si el Estado mantiene a flote la demanda interna, necesita ingresos para poder mantenerla. Estos ingresos vienen de impuestos y/o de la deuda emitida. Sin actividad económica, difícilmente el estado será capaz de ingresar lo que necesita para hacer frente a la situación. Vamos reduciendo posibilidades. Nos queda el endeudamiento en los mercados internacionales, problema: tenemos demasiado presente la crisis de deuda que hizo temblar los cimientos de la UE. Es cierto que la situación del 2010 y la de ahora guardan las distancias, pero no la podemos olvidar. Aunque no se ha contemplado al principio hay otra posibilidad, la SOLIDARIDAD. En las últimas semanas se ha debatido a todos los niveles el papel que debe jugar el UE en esta crisis y que posturas deben tomar los países miembros. Nos encontramos ante una situación que no es culpa de nadie. No ha habido una burbuja inmobiliaria que haya motorizado la economía del país, el sistema bancario se ha reformado y ningún banco ha

tenido que ser rescatado, no hemos vivido por encima de nuestras posibilidades, etc. El reactivar (no me gusta el termino reconstruir ya que de momento el tejido productivo del país no está destruido, por ahora, está desactivado) la economía del país pasa por la solidaridad de nuestros socios europeos. No solo está en juego el desarrollo económico y social de España, también el de Italia, Francia, Bélgica... La UE se la juega a una sola carta.

Volver a una situación económica como la anterior no es posible, no vamos a seguir haciendo las cosas como las hacíamos antes. Aquellos principios económicos que teníamos asumidos están bajo un interrogante. Durante años, el viejo continente ha visto marchar industrias, de sectores variopintos, a otros países con mano de obra más barata, y la que se quedaba lo hacía con subvenciones e incentivos fiscales. En las últimas semanas los dirigentes se han planteado si ha llegado el momento de apostar por re-industrializar el continente, en un intento de reducir la interdependencia. Sin embargo, no nos podemos permitir traer a casa a todas las industrias. Repatriar aquellas con un valor añadido bajo, solo conllevaría a una pérdida de competitividad o una bajada de los salarios. Por tanto, debemos centrar nuestros esfuerzos en traer aquellas con un valor añadido más elevado y/o que se consideren estratégicas como el material sanitario, telecomunicaciones, etc.

En los próximos meses intentaremos volver a una falsa normalidad, para llegar a esta etapa es necesaria la solidaridad de nuestros socios, sin un paquete de medidas contundente y sin esperar nada a cambio, no podremos evitar una crisis de demanda que afectaría y agravaría la coyuntura económica y social actual. Una vez recuperada cierta estabilidad tendremos que replantearnos qué modelo económica y social queremos para nuestro país y nuestra Unión. Llegado el momento tendremos que decidir en qué y cómo invertimos. Será el momento de endeudarse para invertir en planes que fomenten la innovación, la digitalización, el progreso, la creatividad, el emprendimiento, etc. Será el momento de dibujar un nuevo futuro en una nueva realidad. Será el momento de retomar y replantear las transformaciones que se anhelaban. Y será en ese momento cuando seremos capaces de devolver aquello que tomamos prestado

y de contribuir a fondos de solidaridad para aquellos países que lo necesiten en un momento determinado.

El cambio de modelo es inevitable, puede tardar más como en el caso de la revolución industrial o la globalización o puede tardar menos, incorporando una nueva variable que sacuda el tablero de juego. Pero de la noche a la mañana no cambia nada. La COVID-19 es un terremoto que está sacudiendo al mundo entero y que favorecerá un cambio de modelo, pero como todos los cambios, necesita tiempo. Tal vez, el virus no sea más que una pieza de un engranaje que ayude a cambiar el sentido del mundo tal y como lo conocemos. Ya veremos lo que está por llegar, pero por ahora y, en resumidas cuentas, necesitamos: solidaridad europea, rescate de la demanda interna por parte del Estado, replanteamiento de nuestro sistema productivo, inversión en transformación, en innovación, en digitalización, en ciencia, en conocimiento, en cultura, en creatividad y en sostenibilidad. Lo demás llegará sólo, igual que llegaron los cambios económicos precedentes.